

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, correspondiente al 25 de julio de 2014.

Amigos, es un gusto retomar, luego de algunos días en que nos tocó andar de trotamundos, estas reflexiones que solemos volcar para una audiencia que hace mucho nos acompaña.

Dos tópicos quisiera tocar. Uno cuasi permanente, anecdótico a esta altura. Es posible en el trabajo, por ejemplo, periodístico, informar “verdades” que en el fondo, porque no se ponen en el contexto global de lo que ha pasado, en el fondo no son reales, se está informando algo no real.

Por ejemplo, si se publican extractos de auditorías hechas por encargo del Gobierno cuyas eventuales recomendaciones y críticas impulsaron a continuación cambios en el sentido de tratar de enmendar y corregir las críticas que se anotaban, pero de todo esto no se dice nada, y aquellas publicaciones se colocan como reales, aunque tengan dos o tres años, se colocan como expresiones de la realidad actual y no se anotan las cosas que se hicieron, se está diciendo una verdad a medias, que en el fondo no es verdad.

Esto y otras cosas por el estilo suelen ser cuasi permanentes.

No es el tema de hoy, pero dentro de unos días dedicaré un espacio entero a relatar estas cuestiones.

Hoy quiero tomar un tema de fondo que ayude al ciudadano a enriquecer su perspectiva intelectual.

Frecuentemente gente bien intencionada, y muchas veces técnicos y hasta a veces economistas, lamentan insistentemente que es una pena que el Uruguay salga al mundo a vender fundamentalmente solo con productos primarios, y que eso no agregue valor, o agregue muy poco, y que el camino de progreso del Uruguay indique inevitablemente, como tantos otros países, ir intercambiando crecientemente productos cada vez más sofisticados que a todas luces agreguen valor calificado, porque es eso lo que permite mejorar los ingresos, los salarios, etcétera. Esto es también una verdad a medias.

Se suele decir que es el camino de industrializar; que un país que progrese, para que su gente viva mejor, debe de industrializar. ¿Y qué es industrializar? ¿Industrializar es llenar el país de chimeneas? Sí, puede ser, puede ser.

Pero para que quede más claro, si comparamos a Uruguay con Nueva Zelanda que más o menos exporta y vende lo mismo ¿qué diríamos? Es decir, vende los mismos productos que vende el Uruguay. ¿Qué diríamos? Diríamos que Nueva Zelanda no es un país industrializado, y yo pienso que Nueva Zelanda es un país verdaderamente industrializado a pesar de vender como nosotros carne, lácteos, lana y algunas cosas parecidas.

Diría con nítida claridad: Nueva Zelanda tiene un grado de industrialización muy superior al Uruguay, aunque vende productos que son similares. ¿Es lo mismo un litro de leche neozelandesa que un litro de leche uruguaya? No, acá está la cosa.

Industrializar es un proceso de producir en el fondo más valor en menos tiempo. Otra historia es lo que se produce. Pero hay que tener en cuenta qué cosas integran el proceso productivo.

Tomemos tres ejemplos como la leche. La lechería neozelandesa, de un pequeño país exportador, trata de producir lo más que puede por hectárea. No saca la cuenta de los litros por vaca, saca la cuenta por litros por hectárea. Y de pronto las vacas no producen tanto como en otros lugares por unidad, pero el quid de la cuestión es producir más litros por hectárea.

Segundo, en las condiciones de Nueva Zelanda, como tiene que salir al mundo, y el mundo no es constante, es eclético, a veces paga mucho, a veces no tanto, a veces hay que rematar para poder vender, tiene una lucha desesperada por no aumentar el costo por litro. Entonces trata de aumentar al máximo su producción, pero que no se le encarezca el costo por litro.

En las condiciones concretas históricas de Nueva Zelanda ese es un conjunto de tecnologías adaptadas a sus circunstancias para tratar de sacar el mayor fruto.

Pero técnicamente podemos decir, es lo mismo —a groso modo— un litro de leche neozelandesa que uruguaya o norteamericana. Y vamos a ver que siendo el producto lo mismo: leche, las tecnologías que hay atrás y el agregado de valor que supone una y otra tecnología es diametralmente distinto.

En Uruguay no producimos tanta leche por hectárea como produce Nueva Zelanda, aunque producimos en condiciones bastante parecidas, usamos más granos, y eso tiende a aumentar un poquito el costo por litro, pero en el contexto de América aplicamos una tecnología media que está mejorando mucho. Pero hay enormes diferencias adentro del Uruguay.

Hay gente que produce dos o tres mil litros por hectáreas, y hay alguna gente de vanguardia que produce, siete, ocho mil y diez mil litros y más. Hay diferencia. Diríamos, aún dentro del Uruguay podemos constatar que hay enormes diferencias. Diríamos, hay productores que industrializan mucho más porque agregan más valor, más inteligencia a favor de lo que producen.

Si comparamos con la lechería de Los Ángeles, con alguna forma de lechería que hay en California, nos encontramos con el disparate de vacas que promedian 45 o 50 litros por día, fábricas de leche. Animales que por análisis de genoma fueron fertilizados registrando los mejores progenitores para lograr esa máquina de dar 50 litros de leche en su ciclo productivo.

Ese animal es muy complejo porque un animal de 500 kilos para poder asimilar los alimentos, las materias necesarias para producir 50 litros, necesita ayudas de todo tipo, además de una comida muy especial.

¿Tiene esa producción de leche agregado de valor? ¡Vaya que tendrá! ¿Es igual a un litro de leche nuestra o de Nueva Zelanda? No, no, es igual, parecida en su composición, pero el proceso productivo que le da origen por la tecnología de la que dispone y la cantidad de inteligencia invertida, nada tiene que ver.

Pero a su vez, y estas son las paradojas que nos crea el comercio mundial, si esa formidable producción de leche de esas vacas tiene que salir a venderse en el mercado mundial, eso no se podría sostener. ¿Por qué? Porque eso se sostiene por los precios internos. Tiene un altísimo costo por litro o, por lo menos, tiene más costo por litro que lo que nosotros podemos producir, y ni que hablar de lo que producen los neozelandeses.

Por lo tanto cuando el precio internacional es bajo no se podría ni hablar de vender esa leche fuera de Estados Unidos, salvo con subsidios enormes. Sin embargo hay que reconocer que tiene una altísima inversión de valor agregado, de inteligencia, con productores especializados que se dedican solo a producir comida. Otros a atender las vacas y una cantidad de servicios muy calificados para la reproducción, la salud, la digestión, etcétera, etcétera.

Mis abuelos, cuando trabajaban la tierra, producían alrededor de 800 kilos de maíz, normalmente, a veces podían llegar a 1.000 kilos en una buena cosecha.

Quien plante esos maíces, aquellos viejos maíces hoy y tenga cosecha de ese tipo, está fundido. Cualquier maíz tiene que producir cuatro o cinco mil kilos y a veces puede llegar a siete u ocho y si lo riega a más de diez. Son mucho más caros estos maíces contemporáneos, son mucho más densos, tienen mayor exigencia y sobre todo son semillas muy calificadas. No son como aquellas semillas de mi abuelo que ponía los choclos más grandes a que se secaran en un galpón. Y el año entrante sembraba esos granos. No. Estas son semillas híbridas, complejas, cuestan caras, hay que invertir mucho por hectárea, ponerles fertilizantes, etcétera, etcétera, porque tienen un alto costo, sin embargo tienen una enorme productividad que hay que ir haciendo crecer.

Mas, si mantuviéramos los maíces de 800 o mil kilos, tendríamos que plantar cuatro, cinco o seis veces las hectáreas que plantamos hoy para nuestra necesidad, lo que significa imposible. Así, francamente. Y esto le pasa al mundo.

Diríamos, este proceso que va de los 800 kilos, a los 500 y a los 700 es un proceso de industrialización, es decir de creciente agregado de valor, que supone aumento de la tecnología, mejor calificación en múltiples aspectos que no vale la pena que me ponga a relatar.

Quiere decir que más que ver, para medir el concepto de agregar valor, más que la naturaleza del producto real, hay que tener bien claro cuál es el conjunto tecnológico que hay atrás para llegar a ese producto. Es mucho más complejo el concepto de industrializar.

Y pienso que esto es una batalla permanente que va *in crescendo*.

Por ejemplo, el arroz de Uruguay en el contexto de América Latina y, aún del mundo, ha demostrado un formidable proceso industrializador en el sentido de los rendimientos que logra y la calidad que logra. Por eso no estoy de acuerdo con una simplificación de creer que industrializar es solo llenarse de galpones y talleres, o de productos de naturaleza claramente industrial, porque el aumento constante de la generación y del aumento de valor por unidad es un proceso que se da en la base de la economía, aún en los productos primarios, siempre y cuando se apunte ese crecimiento y ese progreso que significa mejor calificación en el trabajo que se hace, mayor inversión, mayor inversión tecnológica, mayor estatura intelectual de los actores distintos. El país creo que va caminando, con contradicciones, pero va caminando en ese sentido.

Quiero sí señalar que no quiere decir que ese camino esté agotado, ni por asomo, ni por asomo está agotado, y que existen otras franjas posibles de la industrialización, pero hay que señalar que esta salida al exterior de nuestra economía supone, desde el punto de vista

práctico global, que los índices de encadenamiento que hay detrás de los procesos agropecuarios con el todo de la economía son el fenómeno laboral más importante que tiene este país.

Más claro. No puedo, no tengo tiempo, no tendría sentido relatar investigaciones hechas en nuestro país en su momento, pero vaya esta afirmación: La producción agropecuaria empuja al todo de la economía, al transporte, a las fábricas, a la energía, es decir, encadena una masa laboral y de energía por los insumos que consume, por los apoyos que necesita (sostenimiento de herramientas), por el transporte que desata, por una cantidad de fenómenos que la rodean, produce un conjunto de encadenamientos superior a la que puede producir una industria tan conocida como la construcción. Tiene un empuje global sobre el total de la economía del país, donde hay que anotar no solo las divisas, sino que hay que anotar todos los insumos, todos los subproductos y toda la movilización industrial que existe en derredor y de apoyo de servicios que supone el fenómeno agropecuario.

Por eso no estoy de acuerdo con ese dejo peyorativo, muy urbanizado de creer que el campo es una cosa estática, que las profesiones de la tierra son estáticas, que se trabaja como trabajaban mis abuelos, que no ha pasado nada, que no hay progreso tecnológico, que no hay inversión técnica. Eso es no conocer este país, y quien no conoce no puede quererlo. Esto es lo que más me duele.

Esta sí que es una diferencia con un país similar en lo productivo como Nueva Zelanda. ¿Por qué? Porque vendiendo casi lo mismo que vendemos nosotros al mundo, muchísima gente que vive en la ciudad, que nada tiene que ver con el trabajo agropecuario, tienen bien claro la importancia que tienen los ciclos agropecuarios y el cómo se dan las cosas.

Hay momentos en que muchos uruguayos parecemos extranjeros en nuestra tierra. No debería ser así, pero es, y a veces esto nos crea contradicciones y nos crea dolorosos enfrentamientos inútiles entre nosotros mismos porque miramos cosas distintas de la realidad.